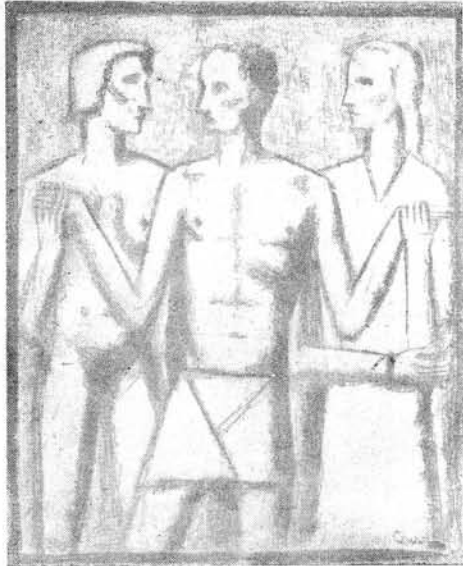


050  
BCEF



# BASES

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

VIÑETA DE OSCAR F. CRIVELLI

XI-1

# BASES

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS



## SUMARIO:

**La Muerte del Emperador**  
por Daniel Devoto

**Unamuno, Poeta Lírico**  
por Antonio Pages Larraya

**Dos Poemas**  
por Adolfo de Obieta

**Y hubo Guerra en Troya**  
por Carlos A. Fayard

**Ya la aurora**  
por Erio Luis Silva

**La Poesía Lírica de Max Dauthendey**  
por Juan Pedro Franze

**Nuestra Generación**  
por Eduardo Prieto

**Disparidad sobre Juan Del Encina**  
por Nélide Bossio

**"Opera Omnia"**  
por T. R. Cabrera

PARA  
LAURA

# LA MUERTE DEL

Hace dos años, dos largos años que estoy en palacio. Desde mi torre miro pasar los días y leo las estrellas. En su cámara, bajo mis pies, rodeado de guardias fieles y ministros leales, está el emperador.

Los vigías, desde las atalayas, guardan el horizonte. Un hombre a caballo puede galopar durante muchos meses sin llegar a los confines del imperio: al norte está el mar, con los grandes ríos; al oeste las selvas, pobladas de bestias feroces; al sur se alzan anchas montañas, engendradoras de nubes, y al este se abren los círculos del hielo impenetrables. Más allá no hay tierras. El emperador domina sobre los países del llano y los montes, y sus barcos le traen piedras y oro del otro lado del mar. Puede ordenar la marcha de los ejércitos por las provincias lejanas, y desde las terrazas del palacio sus arqueros pueden disparar flechas hacia los cuatro vientos. Y un rencor antiguo, un odio oscuro y ciego hay en mi vida, desde que yo era casi un niño: matarlo.

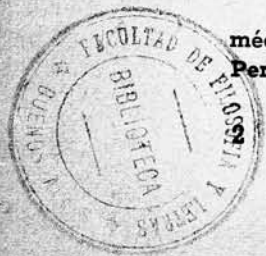
Recuerdo los antiguos días, cuando llegaba el verano y corría con mis compañeros junto al mar, que se mordía los brazos llenos de espuma y se abrazaba a las peñas cubiertas de algas verdes. Entrábamos desnudos al agua clara y veíamos pasar entre las ondas la sombra plateada de los peces. Y cuando era otoño, y el aire estaba lleno de palomas amarillas, cuando al atardecer nos venía entre la niebla y los árboles la lenta voz de las vacas yendo hacia los pozos. Una vez (puedo verla aún y sentir su mano) ella me dijo:

—Cuando llega el otoño los pájaros se van y la savia se duerme porque la tierra está fría. Las hojas se echan a temblar y se caen de la rama, como los pájaros pequeños. Ya son amarillas, y los vientos del otoño, que son barbudos y pasan con hoces en las manos, se las llevan, creyéndolas monedas de oro. Pero después se ponen oscuras y entonces las dejan caer sobre la hierba.

Y nos echamos a reír los dos, rubios bajo el crepúsculo. Después llegaron los ejércitos. Coronas de fuego brillaron sobre las colinas, en los campos de trigo. La sangre y el espanto pasaron con pies de hierro, y la muerte, segadora de torres, iba tras ellos. Y ante ellos, espantado, huía el verano. Pasaron con sus caballos y los seguimos por un largo invierno, hasta llegar a las ciudades del norte, donde se hablaban otras lenguas y había otros dioses; allí fuimos dispersados y vendidos.

Me compraron los sacerdotes de un templo, fuera de las murallas de la ciudad, para iniciarme en sus ocultos misterios. Tenía yo once años. Ahogaron en mí todo lo que debía ser y me instruyeron en la ciencia de los astros y las hierbas durante mucho tiempo. Y yo aprendía. Todo nuevo veneno, toda lenta ponzoña, cada flor maléfica no se apartaban de mi mente, y almacenaba odios en lo hondo de mí, como en un pozo oculto, avariento de muerte. Sabía que tenía que matarlo, por nuestras ciudades muertas y nuestros campos arrasados, por nuestras gentes, por mí mismo, miserable y estéril; debía ahogarlo entre su mitra de oro y su manto espléndido. Sólo tenía un temor: que muriera, que alguien me arrebatara su vida, la razón de la mía.

Y pasaba el tiempo. Y mi fama crecía. Y un día me llevaron al palacio: era su médico. Cuando llegué ante él temblaba de victoria. ¡Qué fácil me pareció ya todo! Pero no era así. El emperador se sabía odiado, desconfiaba del aire y no se aparta-



# EMPERADOR DANIEL DEVOTO

ba nunca de su guardia fiel. Esclavos venidos de otras tierras probaban sus comidas; inútil era el hierro, inútil el veneno, y, además, mis manos, mis manos odiosas, repulsivamente blancas, pedían otra cosa. Querían una muerte lenta, una muerte que pudieran tocar, acariciar como no pueden ya acariciar a nadie; una muerte en que se unieran mi odio de hombre y mi rencor mujeril como en una espada dentada.

Y una mañana la encontré. Estábamos en la terraza superior, mirando a los arqueros ejercitarse en el tiro. A lo lejos se veía el río como una serpiente encendida, arrastrando hacia el mar sus lentos anillos de agua. Por el ancho cielo pasaban apenas unas nubecillas ligeras: el verano moría, y ya los pájaros empezaban a emigrar en grandes bandadas, sobre el mar. El emperador contemplaba a los arqueros y yo estaba tras él, con mi gorro redondo. Un suave viento jugaba con las hojas doradas del jardín y movía su manto rojo. Hablábamos del otoño ya cercano, y, sin saber por qué, movido por una obscura voz lejana, yo dije:

—Cuando llega el otoño, los pájaros se van y la savia se duerme porque la tierra está fría. Las hojas se echan a temblar y se caen de la rama...

No pude decir más: estaba lleno de lágrimas. En ese momento, una golondrina cayó a sus pies, herida por un arquero. La flecha le había atravesado el cuello y el ave palpitaba levemente, sin mover las alas. El emperador se inclinó sobre ella con una tos ligera y miró sus ojuelos tristemente aterrados, pasándose la mano por la garganta. Yo lo acechaba, temblando; varias veces le había visto así: ¿estaría, acaso, enfermo del mal, del horrendo mal que no debe nombrarse? Hay en mi país un mal terrible que va creciendo en la garganta como una araña oculta, inexorablemente. ¿Llevaba ya él su muerte bajo la púrpura, rojo sobre rojo? Le hablé. Fuimos a la torre y leí en mis libros. Había un signo infalible para saberlo: tocarle en la garganta con un agujón de oro. Hice las pruebas: nada. El emperador nada tenía, estaba sano, enteramente sano. En ese instante se decidió todo, y lentamente, sin vacilar, dije la impura palabra, el nombre del mal implacable. El emperador se apoyó en mi hombro para no caer. "¡Un año —le había dicho—, un año de vida!". Bajó las escaleras como si estuviera ebrio, y se encerró en su cámara.

Entonces empezaron mis días, los días de mi reino. El emperador es poderoso y grande. Puede ordenar la marcha de los ejércitos por las provincias lejanas, puede asolar ciudades numerosas de torres y hacer que la hierba crezca entre las piedras de los templos caídos. Pero yo estoy sobre él, vigilando, gustando su muerte. Gradúo sabiamente sus días, le hago olvidar a veces de las horas, para recordárselas luego. Un día estaba bebiendo vino rojo, sentado a su mesa de mármol. Crucé lentamente la sala, sin levantar los ojos, y cuando llegué ante él le miré furtivamente la garganta, como a pesar mío. Y él dejó caer la copa de oro, que se abrió con un quejido frágil, y corrió hacia mí, aterrado. Vaga de noche por el palacio, porque el sueño huye de él. Todos los días le toco la garganta, palpando su espanto, y estrecho el círculo maligno cada vez más. No me apresuro. Gozo lentamente de las horas esperando la noche (porque será una noche, lo sé) en que hombres con hachones encendidos recorran las anchas escaleras del palacio y los cortesanos se reúnan murmurando en los corredores, y en su cámara, cubierto de púrpura, casi fuera del lecho, con los ojos abiertos y agrandados de miedo y las manos en la garganta, esté el emperador, muerto.